



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Nacionalismo a nivel cancha

En el fútbol se discute hoy una de las transformaciones que desafían y remodelan el imaginario nacionalista mexicano.

El portero titular de la selección, un joven de veintidós años, ha esgrimido un argumento antiguo, extraordinariamente poderoso, al decir que los jugadores naturalizados mexicanos no deben desplazar en la selección nacional a jugadores nacidos en México.

Lo dijo ante el evidente salto que pegó de pronto la cifra de jugadores naturalizados de la última convocatoria del entrenador sueco, no naturalizado, Sven Goran Eriksson.

No quiero entrar en el tema de si esos jugadores son mejores o no, porque eso cae de su propio peso: si los convocan es porque están entre los mejores.

La respuesta de Eriksson ha sido impecable: la ley da derechos iguales a los mexicanos naturalizados y a los mexicanos por nacimiento. Si quieren otra cosa, cambien la ley y "si la ley dice no más, la acepto". Pero mientras esté vigente la regla actual sería discriminación limitar las oportunidades de jugadores por no haber nacido aquí.

"Es difícil para un sueco entender todo esto", dice Sven. Es difícil también para un mexicano porque la situación desafía nuestros hábitos mentales.

Hasta hace poco tiempo no podía ser presidente un hijo de padres extranje-

ros. Todavía no puede serlo un mexicano naturalizado.

El fútbol anticipa la globalización de las nacionalidades. Cualquier jugador nacido o naturalizado europeo puede jugar en cualquier país de la comunidad como no extranjero. Un brasileño llamado Senna ha sido figura insustituible de la selección española. Un argentino que jugó en México, Mauro Camoranesi, fue campeón del mundo con Italia.

El viejo nacionalismo del *jus soli* rechina los dientes; nuestro particularismo resiste incluso la universalidad de nuestras propias reglas. Hemos otorgado igualdad de derecho a los naturalizados en las leyes, pero no todavía en el corazón y es con ese corazón viejo, que alienta en todos los pechos, con el que topa no sólo la lógica impecable del entrenador sueco, sino la legislación misma de la nacionalidad que iguala los derechos pero no ha igualado aún los sentimientos.

Es así como nos encontramos todos dándole la razón a Ochoa y dándosela al mismo tiempo al entrenador sueco, de lo que deriva el galimatías de pros y contras que oímos en cualquier programa deportivo a este propósito.

Es el galimatías de nuestro corazón nacionalista refunfunando ante la evidencia de las transformaciones que le impone el mundo. ■■

acamin@milenio.com

